

EL DOLOR Y LA HONRA

A C. JUNCO DE LA VEGA.



## I

Fueron de verse las salutations y zalemas que hizo don Joaquín Bermúdez á la taquilla del Banco, cuando el tirante y bien peinado dependiente le entregó seis mazos de decenas de billetes de á cien pesos cada uno, envueltos en blancas fajillas de papel; ó sea seis mil duros bien contados, aunque ligerísimos, insonoros y casi incorpóreos. Y no dejó de pensar que, si antes del establecimiento de las instituciones de crédito, hubiese tenido que recibir esa dinerada, hubiérale sido preciso pasar algunas horas en aquel sitio contando y revisando los pesos, haciendo con ellos un ruido escandaloso, como toque de atención para parientes y sablistas, y teniendo á la postre que valerse de un car-

gador para que le llevase á casa aquel cúmulo de monedas; mientras que ahora, convertida la plata en aquella cosa sutil, en unas cuantas hojas largas y angostas de papel impreso é ilustrado, había sido para él cosa simplísima, fácil y rápida entrar en posesión de tan grande suma, con la mayor reserva, sin necesidad de auxilio extraño y sin cargar las faltriqueras con pesos enormes y peligrosos para las costuras.

Guardó, pues, en los bolsillos llamados de pecho aquellos bultitos preciosos, se abotonó el viejo y usado redingote hasta la barba, hizo una salutación final al ventanillo por donde le habían sido entregados los billetes (á pesar de haberse cerrado ya) y salió del Banco lleno de contento. Su rostro todo afeitado como el de un clérigo, había conservado cierta expresión jovial y bondadosa, casi juvenil y poco compatible con las arrugas y dobleces del cutis y con la blancura de la cabellera; y á ese tenor también se había mantenido el alma de don Joaquín, pues, aunque iluminada por la experiencia y ensombrecida por los desengaños, era sencilla, abierta y generosa.

El primer pensamiento que se le ocurrió á nuestro personaje al verse en la calle, fué el de que nadie sospecharía que bajo aquella apariencia tan modesta, llevase en el

bolsillo miles de pesos; y regocijado por la idea, sonrió satisfecho de la travesura. De esta manera, y sin precipitarse mucho, tanto por no traicionar su secreto, como por la rebeldía de sus piernas débiles y poco listas por obra de los años, se encaminó á la accesoria donde vivía, la cual se hallaba á no corta distancia del centro de la ciudad.

Don Joaquín era empleado del Registro Civil desde que se fundó la institución en México, por los años de 1859. Había caído allí como en una trampa. Jamás se le había presentado la ocasión de salir de ese lugar, ni había mejorado ni empeorado de posición, á pesar de que desempeñaba su cometido con una regularidad y una destreza admirables. Llegaba á la oficina de los primeros, se sentaba ante su papelera, y no cesaba de escribir hasta que sonaba la hora de descanso; y durante aquel largo tiempo de labor mecánica, levantaba y anotaba actas, escribía certificados y contestaba oficios con rapidez vertiginosa. El jefe del negociado le quería bien y le dispensaba una confianza absoluta; pero, como le ayudaba muy eficazmente en todo y le evitaba hacer personalmente muchas cosas, carecía de voluntad de sacarle de la esfera en que se hallaba, y mucho más, de recomendarle para cubrir en otras oficinas, plazas más bien retribuidas.

De esta suerte, jamás hubiera podido aspirar Bermúdez á mejorar de situación, pues sus afanes, aunque rudos, no eran de los que conducen á nada, sino sólo á ganarse el pan cotidiano; así es que el buen señor desesperaba de tener descanso algún día, y aun solía decir á sus compañeros:

—Aquí donde ustedes me ven, me he de morir con la pluma en la mano y sobre esta papelera.

Pero he aquí que á la hora menos pensada murió sin hacer testamento un su primo, tan viejo como él, que había sido empleado del ayuntamiento por muchos años, y á quien todos habían tenido por pobre de solemnidad; y que á la buena hora se había averiguado poseía como unos diez mil duros depositados en el Banco. Don Joaquín, sabedor de que su primo carecía de ascendencia y descendencia y de colaterales en segundo grado, se había presentado al juez del intestado reclamando la herencia como el pariente más próximo del finado; y todo hubiera ido de perlas, á no haber comparecido también en son de deudos próximos del difunto, algunos otros individuos sucios, desarraigados y desconocidos. De esa oposición de pretensiones se originó un pleito, que duró años y más años; hasta que al fin, el buen anciano, cansado de trámites, discusiones y disgustos, convino en celebrar

una transacción con sus contrincantes, por la cual perdió cuatro mil pesos entre curules y sacristanes. Aprobado el arreglo por el juez, fué librada orden al Banco para que entregase á Bermúdez aquella suma; y no queriendo confiar á nadie tan grata misión, ocurrió el mismo interesado á las cajas del establecimiento, é hizo efectivo el mandato judicial en el modo y forma que se ha dicho.

Don Joaquín había echado ya sus trazas para invertir provechosamente los fondos. Con un amigo y compañero de oficina tenía concertada la compraventa de una casita modesta ubicada en Tacubaya, por el precio de dos mil pesos. Se entiende que el inmueble no era ni con mucho un palacio, cosa imposible dada la cortedad de la suma que por él iba á darse; pero sí tenía la capacidad suficiente para albergar en su seno cómodamente á él y á Rafael su hijo, que formaban la totalidad de la familia. Por lo que veía á los otros cuatro mil pesos, los iba á poner en manos de un su conocido farmacéutico, honrado y trabajador, quien le aseguraba que con aquella suma iba á establecer una bótica excelente en cierto barrio lejano y todavía no explotado en la ciudad, donde no haría más que recoger dinero vendiendo por gotas á peso de oro el agua de la fuente, y poniendo precio subido á la violeta, la mal-

va y el gordolobo. El farmacéutico garantizaba á Don Joaquín con la hipoteca de un terreno, el buen resultado de su empresa; de suerte que, si por fin de cuentas, no salía ella liberalmente retribuída, Bermúdez no perdiese ni un solo centavo en la tentativa; en tanto que, si llegaba á dar doscientos pesos mensuales, tendría, amén de un rédito de seis por ciento anual, una parte en las utilidades. Don Joaquín había hallado excesiva la oferta, y hecho convenir al boticario en no darle, por todo, más que cien pesos cada mes, tanto para impedir que se desfalcase el capital, como por equidad y justicia de propósitos.

¡Cien pesos mensuales y casa en que vivir! Don Joaquín se frotaba las manos lleno de satisfacción al pensarlo. Se retiraría de la oficina, se alimentaría mejor, se vestiría mejor y pasaría quieto y tranquilo los últimos años de su vida. En rigor, ni Rafael tendría ya precisión de trabajar, pues los recursos de su padre bastarían ampliamente para su sostén, sólo que don Joaquín era hombre de principios fijos.

—El hombre honrado, debe ser trabajador, decía. La holganza es madre de los vicios. Rafael seguirá trabajando como lo ha hecho hasta ahora; y cuando yo me muera, será heredero de todo, y podrá darse mejor vida. Pero si alguna vez cae enfermo y no puede concurrir al almacén,

no pasará pena por ello, y tendrá cuanto haya menester á mi lado, aunque no gane nada.

Pensando estas cosas, llegó don Joaquín á su accesoria y la halló aquel día hermosa y risueña por la primera vez de su vida; á pesar de ser obscura, mal ventilada, incómoda y triste. Pero no es de extrañarse tal anomalía, si se atiende á que, como lo ha dicho un espíritu observador y sutil, el espectáculo está dentro del espectador.

## II

Rafael Bermúdez, hijo de don Joaquín, era un jovenzuelo apenas mayor de edad; pero muy listo, despierto y barbado, de suerte que tenía todo el aparato y el aspecto de un hombre de vienticinco ó más años. Y así como era precoz su naturaleza física, lo era también su naturaleza moral, pues no sólo era entendido y capaz de todo, como cualquier hombre de larga experiencia, sino también audaz y determinado. La agudeza de su ingenio había encontrado cosa llana y sin importancia todos los estudios á que se había consagrado. Hablaba fácilmente las lenguas francesa é inglesa, conocía la ley de comercio, era un contador

de extremada habilidad, y tenía aquella volubilidad de lenguaje y aquel desplante inaudito que forman la principal recomendación de los cultores de Mercurio.

Así fué como, no por obra del favoritismo, sino por efecto natural de la justicia, aquel mozo apenas salido de la adolescencia, fué recibido en palmas, como suele decirse, por los dueños de tiendas y almacenes de la ciudad. Al abrirse este relato, contaba ya un año de ser cagero en los grandes almacenes llamados "Los Puertos Unidos," vasta negociación importadora de telas y confecciones, que giraba millones de pesos, y tenía un gran movimiento de fondos.

Rafael, que era trabajador y hasta entonces había sido honrado, desempeñaba sus labores con tal exactitud y pureza, que tenía altamente satisfechos á sus principales. Siempre que se hacía un arqueo en las cajas de la compañía, se encontraba todo en su lugar, cabal, claro y sencillo; de tal suerte, que aquel trabajo que en otro tiempo había sido muy complicado, había venido á ser fácil por todo extremo, y á convertirse en una mera formalidad, merced á su talento.

—Vamos á ver, decía sonriente alguno de los jefes. Hoy es día de arqueo, Bermúdez. ¿Cuánto tenemos en caja?

—Doscientos mil pesos, señor.

—¿En cuánto tiempo harémos la visita?

—En dos horas, señor.

—¿Tan pronto?

—Tan pronto.

—Pues, ea, vamos á verlo.

Y el jefe echaba mano del reloj para medir el tiempo, entregándose á la inspección como quien toma parte en una fiesta.

Y en efecto, tan pronto como se abría la hoja de acero del sótano, aparecían las riquezas guardadas allí tan bien distribuidas y clasificadas, que se comprendía desde luego que podía hacerse su recuento en un periquete. Los billetes de Banco en paquetes enfajillados según su valor; el oro en los cajones del centro; la plata en sacos por la parte de abajo; y los documentos por cobrar en carteras ventrudas, por orden de valores y de vencimientos. Para ahorrarse trabajo, y viendo el inspector á la primera ojeada que todo iba perfectamente, solía no extremar el examen. Contaba los billetes por paquetes, consultando sólo su número y valor, que se veían marcados en las fajillas. Sólo el numerario en oro y plata era objeto de una inspección minuciosa. Volcados con estrépito en las mesas los enormes sacos, se hacía un ruido espantoso con la caída y el retintín de las monedas. Malas lenguas decían que la poderosa sociedad no se abstenía de

meter aquel estrépito, porque trataba de hacer saber "urbi et orbe," que tenía repletas sus cajas, y porque deseaba infundir en el público á la vez que un gran respeto á sus caudales, una ilimitada confianza en su solvencia.

Se entiende que el sueldo de Rafael era bastante bueno. Ganaba tres mil duros anuales.

Cualquiera pensaría, y con razón, que tan ricos emolumentos hubieran sido de alguna utilidad para el viejecito don Joaquín. Porque este buen señor cuando Rafael estuvo en edad de estudiar, no omitió esfuerzo ni sacrificio para hacer de él un muchacho instruído y bien educado. Siempre le tuvo en colegios de primera categoría, pagando por su colegiatura un ojo de la cara, y le trajo vestido con lujo, como si fuese hijo de algún potentado. Don Joaquín había perseguido con esto dos fines: el primero, armar á Rafael con armas de buen temple para el combate de la vida; el segundo, ponerlo en contacto con los jóvenes de la mejor sociedad para que desde niño se fuera formando un buen círculo de amigos, que mucho le valdrían cuando llegase á la virilidad.

Desgraciadamente, los planes del anciano habían salido en parte desacertados, porque aquel trato constante de Rafael con niños acaudalados y aristócratas, ha-

bía viciado la índole de éste de tal modo, que, á trueque de buenas maneras y de exquisito gusto en el vestir, había contraído hábitos de lujo, ostentación y grandeza incompatibles con su situación social. Más tarde, cuando fué joven, se acentuaron más y más en él aquellos defectos. No podía resignarse á vivir en casa pobre y á sufrir las escaseces consiguientes á su estado; y hacía esfuerzos mortales por aparentar lo que no era, obligando á su buen padre á hacer mil locuras para satisfacer sus necesidades ficticias y de prospecto.

Tan desordenadas aspiraciones le sirvieron, es verdad, de acicate para consagrarse á los estudios con ardor y para enriquecer su inteligencia con un gran caudal de conocimientos que más tarde supo aprovechar en el trabajo; pero como sus necesidades de fausto no tenían límite, bastábanle apenas los buenos sueldos que llegaba á ganar, para pagar trajes, relojes, sortijas, botones y otras mil lujosas frovolidades, amén de las comilonas, paseos y placeres á que se consagraba en necia competencia con sus camaradas.

Y sucedió que, como á medida que fueron mejorando sus emolumentos, habían ido creciendo sus gastos, andaba siempre necesitado y discursivo, con facturas que

cubrir, acreedores que apaciguar y vencimientos á que hacer frente. Así se estableció para Rafael una cadena de derroches y de compromisos que de día en día fué creciendo y consolidándose, hasta el punto de envolverlo de pies á cabeza, como la serpiente virgiliana que sofocó á Laoconte y á sus dos hijos.

Nació de aquí, á no dudar, el que Rafael, á pesar de sus buenas colocaciones, nunca sirviese á don Joaquín de algo más que no fuese de carga, como cuando era muchacho de escuela; porque reservaba sus pingües sueldos para sí solo, y en la casa paterna vivía, comía y tenía ropa limpia y planchada, sin que le costase un centavo.

La combinación era ingeniosa: á don Joaquín todo el trabajo y para sí mismo todo el beneficio. Era la aplicación de aquella ley llamada vulgarmente del embudo, á sus relaciones filiales. Se entiende que para resolver el problema de un modo tan ventajoso, se había visto precisado á recurrir al engaño; pero como don Joaquín era tan bueno y sencillote, bastó cualquier expediente para envolverle. No sabía defenderse contra la falsía; todo lo creía cierto, y juzgaba sincero á todo el mundo. Así es que Rafael pudo sin esfuerzo persuadirle de que no ganaba más que un sueldo miserable ape-

nas suficiente para cubrir sus gastos de calzado y vestido; logrando por este medio que el viejecito lo eximiera de la obligación de contribuir para los gastos de casa, y le permitiese invertir en atenciones meramente personales, las mesadas de que disponía.

Con todo, había llegado á tal punto el desenfreno de Rafael, que no le bastaba ya ningún dinero para sus dispendios. Ni menos desde que, habiéndose hecho miembro de un casino aristocrático, se aficionó al juego, y se pasaba las noches frente al tapete verde, jugando pocker ó baccara con sus amigos de monóculo, polainas y pantalones de doblados extremos.

Esta afición acabó de dar al traste con los últimos restos de juicio que le quedaban, pues á tal punto llegó á enseñorarse de su albedrío, que bien pronto se tornó en idea fija, en una especie de frenesí sobregado. Según sus cálculos, aquella nueva industria iba á proporcionarle recursos para cuanto había menester, y á convertirle de un momento á otro en rico y poderoso.

Largo sería de contar cómo, dominado por tan insensatas ideas, llegó al extremo de tomar de la caja de "Los Puertos Unidos" el primer billete de banco, en calidad de préstamo, y con el propósito de reponerlo muy pronto. Por de



contado que, habiéndolo expuesto al azar del juego, lo perdió en un santiamén. Esto le obligó á tomar otro y otros, agujoneado más que nunca por el afán de una inmediata restitución; pero como todos se iban quedando en el garito, se veía fatalmente impulsado á continuar la misma práctica y á seguir sustrayendo nuevos y nuevos fondos, de los cuantiosos que habían sido encomendados á su honradez. La gran confianza que le dispensaban sus principales, había facilitado la realización de aquel abuso, pues aunque se habían practicado algunos arqueos en el sótano después de la fecha en que había comenzado á apoderarse de los fondos de la compañía, no se había echado de ver el desfalco, porque los inspectores, según su costumbre, se habían contentado con sumar las cifras marcadas en las fajillas de los billetes, con estudiar bien la cartera, y con contar el numerario.

No obstante, como Rafael no había robado nunca, como había recibido cristiana educación, y como respetaba en el fondo á su bondadoso padre, por más que fuese ingrato con él, no había tenido momento de reposo desde el punto y hora en que se había apropiado el primer billete. No comía casi, pasaba las noches en vela, y se hallaba en tal estado de excitación, que parecía un febricitante. Para calmar los

nervios y olvidar aquellas angustias, había recurrido á otros vicios: bebía con exceso, trasnochaba y buscaba en los brazos de las mujeres perdidas, una felicidad y un reposo que nada podía proporcionarle. Así fué engolfándose, sin saber cómo, en una situación tan tétrica, que, para vislumbrar alguna esperanza, necesitaba levantar mucho los ojos, como quien está en el fondo de un pozo.

### III

Mientras don Joaquín lleno de júbilo aguardaba en pie á su hijo hasta la media noche, afanoso por darle la plausible noticia de haber recibido el dinero del Banco; en todo pensaba Rafael, menos en volver á su casa.

Había pasado el día cavilando y diciéndose á sí mismo que aquella situación no podía prolongarse. Debía ya miles de pesos á la caja, y un día ú otro sería descubierto el desfalco. Le aguardaban la vergüenza, la cárcel, la deshonra. Cuanto había en él de digno todavía, protestaba contra aquel desenlace, y con toda la energía de que era capaz, juraba que había de evitarlo. ¿Cómo? Con emoción formada de rabia y de terror, lo sabía ya.